

Domingo XXVI del TO
Ciclo B



29 de septiembre de 2024

Núm 11, 25-29

Sal 18

St 5, 1-6

Mc 9, 38-43.45.47-48

P. Eduardo Suanzes, msps

Es importante no perder el contexto inmediatamente anterior del evangelio de hoy: lo vimos el domingo pasado. Los discípulos discuten sobre quien es el primero y Jesús les pone en medio de ellos a un chiquillo diciéndoles: « *–Si uno quiere ser primero, ha de ser último de todos y servidor de todos*».

Pues bien, en el evangelio de hoy aparece la figura individual de Juan, como portavoz del grupo de los Doce, —pues dice «*hemos visto...*», «*hemos intentado*»—, haciendo referencia a un individuo desconocido que mediante el nombre de Jesús expulsaba demonios, actividad que los Doce han intentado impedir¹. Juan demuestra que «pasa» olímpicamente de lo que Jesús acababa de decir.

Refiere Juan una anécdota que va a poner de manifiesto su forma de pensar y la del grupo. ¡Es que no dan ni una los pobres...!, como tantas veces nos pasa a nosotros. Ni modo, tienen que ir aprendiendo a fuerza de golpes a su ser egoico por parte de Jesús. Los Doce han visto a uno que «*expulsaba demonios*» usando o invocando el nombre de Jesús; este individuo, por tanto, reconocía a Jesús y cooperaba con su obra liberadora. Es alguien que estaba liberando en nombre de Jesús poniéndose, como Jesús, a favor del hombre y en contra de la postración provocada por la religión e ideología oficiales. Porque «*expulsar demonios*»² en el evangelio significa liberar de postración, de fanatismos violentos que bloquean a la persona e impiden la convivencia humana, como hemos indicado en repetidas ocasiones en otras reflexiones de la Palabra.

Los Doce, sin embargo, han intentado impedir su actividad. La razón aducida por Juan para justificar el intento es «*porque no nos seguía a nosotros*»³. Fíjense lo que está diciendo Juan: Sin darse cuenta se delata, ya que no dice que han querido impedirlo porque «*no te seguía*» (a ti, a Jesús), sino que ***no les seguía a ellos***, al grupo. La pretensión intolerante de Juan es profundamente egoica, pues pretende erigir a los discípulos («*nosotros*») como jueces y dispensadores del seguimiento de Jesús. Al identificar así a Jesús con el grupo de los Doce, excluye todo seguimiento de Jesús que no conlleve el de éstos, es decir, «o nos sigues a los Doce o no

¹ Cfr. JUAN MATEOS – FERNANDO CAMACHO. *El Evangelio de Marcos. Análisis lingüístico y comentario exegético. Vol. II*. Ed. El Almendro. Córdoba, 1993

² Cfr. Mc 1,34.39; 3,22; 5,2-20; 7,24-30

³ La Liturgia traduce: «...y como no es de los nuestros». Pero, una vez más esta traducción no es correcta. El griego utiliza la expresión verbal ἠκολούθει (=ikolouthei), del verbo seguir.

estás siguiendo a Jesús», aunque Jesús siempre ha invitado a seguirlo a él exclusivamente a él⁴; cada seguidor está vinculado a Jesús sin intermediarios. Juan, en cambio, exige de cada uno la identificación con la postura de los Doce; éstos no toleran que ejerzan la misión quienes no aceptan los ideales del judaísmo que ellos comparten.

La reacción de Juan (y la de todos en realidad) es de intolerancia pura y dura: ni liberan ellos ni dejan liberar. En el episodio anterior Jesús había corregido, dentro del grupo, la ambición individual de ser más que los otros, intentando hacerles comprender que eran todos iguales y que ***ser primero era estar más cerca de él***. Ahora Juan sube de nivel y afirma la superioridad del grupo sobre todo el que quiera actuar en la línea de Jesús, atribuyéndole la exclusiva de la misión. ***No atiende a lo que se hace, sino a quiénes lo hacen***.

Después Jesús les dice (a los Doce): *«No se lo impidan, pues no hay nadie que actúe con fuerza, como si fuera yo mismo, que pueda maldecir de mí»*. ¿Qué queda claro aquí como dato objetivo? Pues que hay un hombre que está haciendo el bien, que ha emprendido una labor liberadora de ataduras («expulsar demonios») en el nombre de Jesús. Como dirá Jesús: este hombre hace lo que hago yo (*«actúa con fuerza como si fuera yo mismo»*). Es decir, Jesús se identifica con lo único que importa, que no es ni el origen ni la pertenencia a un grupo, sino «obrar el bien», hacer fluir la vida. Todo aquel que hace fluir la vida es persona del Espíritu, es de Dios, independientemente de si es próximo o extraño, pues Dios es fluir de Vida. Y esto es lo único que importa.

Por ello añadirá la famosa sentencia: *«Quien no está contra nosotros, está a favor nuestro»*, es decir que quien no está en contra de la Vida es de la Vida, y, por lo tanto, es *«nuestro»*. Aquí Jesús no emplea el término *«nuestro»* en sentido restrictivo, como lo ha hecho Juan (el grupito de discípulos acreditados). Él mismo se incluye en ese *«nuestro»*, porque, parece decir, nuestra identidad (*«lo nuestro»*) es ser de la Vida, es hacer fluir la Vida. Y, por ello, somos lo mismo que todos aquellos que hacen-hacemos fluir la Vida, sean de donde sean, seamos de donde seamos.

Después de esto, si hasta el momento Jesús se había identificado con los despreciados, los últimos, los sin derechos, ahora también se identifica con sus discípulos y su suerte⁵. Muchas veces había asumido su defensa frente a los fariseos que los atacaban; y esa defensa le había causado ya varios problemas. Por eso es que dice: *«quien les dé a beber un vaso de agua por razón de que son del Mesías, no quedará sin recompensa, se los aseguro»*.

Pero, para que quede claro también, uno de los pecados que a Jesús le parecían más serios era el de escandalizar a los pequeños; el ser para ellos como piedra en la que uno se tropieza y cae. El escándalo que más estaba afectando a la comunidad de seguidores, como hemos visto, era la ambición. Por eso siguió: *«pero a quien escandalizare a uno de estos pequeños que me dan su adhesión, más le valdría que le encajaran en el cuello una rueda de molino y lo arrojasen al mar»*.

⁴ Cfr. Mc 1,18; 2,14.15; 8,34: *«el que quiera venirse conmigo ... y entonces me siga»*

⁵ Cfr. CARLOS BRAVO, SJ. *Galilea año 30. Para leer el evangelio de Marcos*. Ed. El Almendro. Córdoba 1991

Y no eran exageraciones de Jesús. El intentar disuadir a Jesús de ir a Jerusalén, el todavía no estar con él como esperaba, las discusiones que habían tenido sobre quién era el mayor, su oposición a que otros colaboraran en la lucha contra el mal, sus planes de sobresalir estaban deteriorando el ambiente entre ellos.

Y comienza, para explicar su idea, a utilizar símbolos muy conocidos entre los judíos y que a nosotros, en un principio, nos chocan. Para los judíos, cuando hablaban de una parte se referían al todo. Hablar de la mano era hablar de las acciones del hombre, hablar del pie era hablar de los pasos para realizarlas, o sea, de los proyectos que uno quiere realizar; hablar del ojo era hablar de los deseos y las intenciones de donde nacen los proyectos. Es obvio que Jesús no se refería a los miembros del cuerpo, como si ellos nos hicieran pecar. Ya había dejado muy claro que lo que mancha al hombre son los proyectos que nacen del corazón y que no sólo los alimentos, sino ninguna parte del cuerpo es impura. ***Lo que Jesús quería decir era que hemos de saber cortar a tiempo con las intenciones torcidas, de donde nacen proyectos desviados y acciones perversas.*** Todo esto tenía que ver con la ambición, que tanto daño le estaba haciendo al grupo de los Doce. Nada daña tanto a una comunidad de discípulos como la ambición entre los que han sido elegidos para servirla, pero se aprovechan de la autoridad como motivo de privilegio y distinción. Jesús decía que contra ella debemos ser implacables.

Al final dice Jesús: « *más te vale entrar tuerto en el Reino de Dios que no ser arrojado con los dos ojos al quemadero, donde su gusano no muere y el fuego no se apaga*»⁶. ¿Y por qué habla del quemadero o de la gehenna? ¿Qué imagen está utilizando Jesús para que le comprendan?. Jerusalén estaba construida sobre un monte. Enfrente, al lado oriente, quedaba el Monte de los Olivos y entre ambos había un cauce seco, que sólo llevaba agua en tiempo de lluvias; era el Cedrón. Y por la parte sur la muralla daba a otro cauce seco que se juntaba con el primero, al que se daba el nombre de Gehenna o Quemadero. Pues bien: allí estaba el tiradero de basura de Jerusalén. Y ya ven lo que pasa en los basureros: el olor es insoportable por la corrupción; nada más le escarban un poco y brota el gusanero en tal cantidad que parece que nunca se acabarán; y con el calor y la corrupción de pronto empieza a arder y aquel fuego no se acaba mientras siga habiendo basura. Imagínense lo tremendo que sería ser arrojado a la Gehenna... Con aquellas imágenes le quedaba muy claro a la gente lo que Jesús quería decir.

⁶ Una vez más la Liturgia traduce mal y libremente proyectando las palabras de Jesús sobre algo que no está diciendo; porque se habla en griego claramente del «quemadero» (=gehenna), no del castigo.